

11. SILVES DE LA SELVA

(XII libro amadisiano)

de Pedro de Luján

(1546)

por

María Isabel Romero Tabares

TESTIMONIOS

[1] Sevilla, Dominico de Robertis, 1546 [→]

[2] Sevilla, Dominico de Robertis, 1549 (14 de junio)

TEXTOS

1. La infanta Pantasilea recibe la orden de caballería

Haciéndose aquellos acatamientos que entre semejantes personas se acostumbran hacer, estando como suspensas la reina y su hija de la estremada hermosura de aquellos príncipes, siendo testigos de la fortaleza, especialmente de la de aquella hermosa princessa Alastraxarea, la cual venía armada de muy lucientes armas, y habiendo pasado muy graciosos razonamientos entre todos, la preciada infanta Pantasilea hincó las rodillas; luego, el rey Amadís le dixo:

-Señora y hermosa infanta ¿queréis recibir la orden de cavallería según la costumbre de vuestra tierra os da licencia?

-Sí quiero, -dixo ella.

-Pues jurad de defender a todos aquellos que vuestra ayuda hubieren menester, especialmente a dueñas y doncellas.

-Sí, juro, -dixo la infanta.

Y luego el rey Amadís, sacando el espada y esgrimiéndola, le dio un golpe

pequeño sobre el hombro y, echándole el escudo al cuello, le calzó el espuela diestra y le dio paz en la boca diziendo:

-Agora, estremada princessa, tenéis la orden (I, cap. xlvii, f. l)

2. Agrián y Leopante, enemigos peligrosos

Pero a esta hora, Leopante, hermano de Agrián, viendo los poderosos encuentros, avía encontrado por un costado a don Silves, que si la lança no fuera de roquete, le hubiera muerto.

-¡O, valasme Dios, y qué gran villanía!, -dixo Pantasilea (que secretamente, por si menester fuesse, debajo de las ropas venía armada)-, no pasara menos que si ambos le acometen no le vaya a ayudar

Y mirando, vido cómo don Silves de la Selva del poderoso encuentro avía caído del caballo y los dos hermanos andaban por matarle, que bien sabían que en aquél estava gran parte del vencimiento. [...] Pero Leopante y Agrián eran

buenos cavalleros, y cierto que don Silves lo pasara mal sino que en aquella hora, asomaron por la plaza dos cavalleros, el uno alto y bien tallado, todo armado de fuertes armas blancas, y el otro más membrudo. [...]

-¡Valasme Dios!, -dixo el emperador Amadís-, ¿y quién[es] serán los cavalleros blancos que tan bien lo hacen y a tan buen tiempo socorrieron?

-Yo diría, -dixo el emperador Lisuarte-, que es la hermosa princessa Pantasilea, que denantes la vide levantar muy apriessa, y su madre la reina Calpendra la otra.

-Sí, esso es, -dixo el emperador Espandrián-, no me creáis si ella y don Silves no se aman.

-Si se aman, -dixo el rey Amadís-, de derecho hacen, que ambos son para en uno. [...]

Don Rogel de Grecia y don Silves de la Selva y los otros príncipes rogaron a los cavalleros blancos que se quitasen los yelmos, y ellos lo hicieron; pero qué os diré cuando conocieron ser la estremada princessa Pantasilea y la reina Calpendra su madre, sino que le quisiera besar las manos.

-No sé, mi señora, -dixo el príncipe don Silves de la Selva lo más quedo que pudo contra la princessa Pantasilea-, con qué podré servir las grandes mercedes que de vós recibo, en especial ésta de agora.

-A más que esto soy obligada, -dixo ella contra don Silves de la Selva muy quedo.

Pero como el amor reinase en las entrañas de Agrián el emperador, como en ál no mirase lo entendió, y cobró tanta enemistad con el príncipe don Silves de la Selva que no pudiéndolo sufrir, dixo contra él:

-Bien pudiera esta hermosa infanta hacer las mercedes a otro, que también y mejor las mereciesse.

-En esto tenéis vos razón, -dixo el príncipe don Silves de la Selva-, que según el merecimiento de mi señora la princessa, poco es el mío. Pero en dezir que vós la merecéis mejor que yo, yo os lo haré bueno que mentís en ello, -dixo el príncipe don Silves de la Selva.

Y con aquello metió mano a su espada y Agrián así mismo a la suya puesto que no tenían yelmos. Paro aquella sazón todos aquellos príncipes que de los miradores avían bajado se metieron en medio y llevaron a su posada al emperador Agrián, y don Silves de la selva se fue al palacio, yendo Pantasilea tan enojada contra Agrián que ella quisiera tomar la batalla, pero sufrióse lo mejor que pudo. (II, cap. lii, ff. cxix^v-cxx^r).

3. Agrián y Leoponte declaran, mediante un enano, sus amores a las princessas Fortuna y Pantasilea

Ellos [*Agrián y Leopante*], llamando a un enano muy feo y astuto y bien entendido llamado Ardeno, le declararon su pasión y junto con ello le prometieron grandes mercedes si buscaba remedio a su pasión; el cual, por no me detener, tomando dos cartas que Agrián y Leopante le dieron, se fue al aposento de las princessas Fortuna y Pantasilea. [...] Viendo pues el enano el oportuno tiempo que tenía, se hincó de hinojos ante ellas, que no pudiessen estar que no riessen de verlo. [...]

-Los hechos de los muy afamados cavalleros en vuestra pressencia son como nada, en especial del emperador Agrián y Leopante su hermano, los cuales, movidos, no por ver fiestas que hartas en sus tierras pudieran hacer, salvo por la soberana fama de vuestras fermosuras, son venidos a esta ciudad; los cuales os suplican os doláis d'ellos, y para más certinidad que lo que digo es así, catad

aquí sendas cartas tuyas, -con las que le tendió la mano.

Grande fue el enojo que las dos soberanas princessas recibieron, pensando que aun en aquello ofendían al amor y lealtad que a sus soberanos esposos eran obligadas, y la fuerte Pantasilea, los ojos como una brasa, dixo contra el enano:

-Captiva criatura, si a poquedad no me fuesse contado ensuciar con mis manos de tan vil cosa, yo te certifico que la vida, en pago de tus locas palabras, quedara en mis manos. Pero yo te juro que, si más aquí estás, que en pago de tus locuras llesves el castigo que mereces.

-Hermosa infanta, -dixo el enano-, no hacéis derecho en no amar a quien tanto os ama y tantas penas y mortales cuittas cada día por vosotras pasa.

-Esse derecho no guardaré yo más contigo, -dixo la princessa Pantasilea.

Y tomándolo por el cinto, las cartas se le cayeron de la mano en el suelo y ella, alzándolo en pesso, lo lanzó dentro en el jardín, que gran golpe dio abajo y la cara se le dessolló. (II, cap. Iv, f. cxxiiiir).

4. Pantasilea ganar un torneo, acompañada de Silves de la Selva

Envió don Silves dos armaduras muy secretamente al lugar que tenían concertado, y siendo puesto en el campo Agrián, y los príncipes en sus miradores, Pantasilea dixo que no quería salir aquel día porque se sentía mal dispuesta, y tomando consigo un escudero se fue a la Fuente del Olivo que assí se dezían, donde halló al príncipe don Silves de la Selva que la esperaba, el cual le besó las manos, y luego fueron por mano del escudero armados de las armas que el príncipe don Silves de la Selva mandara traer, que muy fuertes y hermosas eran, todas sembradas de unas F de oro enlazadas unas con otras, y subi-

dos en dos poderosos cavallos, tomaron el camino de la ciudad de Constantino- pla llevando puestos los yelmos y sendas lanças muy fuertes en las manos y, entrando por la ciudad, fueron contra la parte donde el emperador Agrián y su hermano mantenían el campo, y hallaron que avían vencido seis cavalleros [...]. Todos los que lo veían estavan muy maravillados de la gran valentía de los Cavalleros de las F, que al cabo de dos grandes horas que se combatían ya se conocía alguna ventaja sobre sus contrarios, pero no porque ellos no anduviesen en demassía llagados por muchos lugares [...]. A esta sazón la infanta Pantasilea dio tal golpe a su enemigo que ambos hinojos le hizo hincar en tierra y el yelmo fue cortado y la espada llegó a los caxcos, y él no fue tan dessatinado que no revolviessse la respuesta más que aprovecha, que la sangre lo cegaba y lo hazía dessatinar, lo cual sentido por la estremada princessa Pantasilea le dio tal respuesta que dio con él tendido a sus pies y, yendo sobre él, vido como estava amortecido y, esperando que el aire le diesse, dixo:

-Confieffa cavallero ser mentira lo que mantienes.

-Esso no confessaré yo, -dixo él-, antes quiero que mi cabeça pague lo que mis braços han faltado.

-Pues otórgate por mí vencido, -dixo la princessa Pantasilea muy movida a piedad d'él. [...]

Don Silves de la Selva muy dessatenado traía a su enemigo procurando más de defenderse que de ofenderle, pero viendo el excelente príncipe don Silves de la Selva que su señora avía ya vencido a su contrario y él aún no avía hecho nada a su parescer, comenzó a dezir entre sí:

-¡Ay de tí, don Silves, cavallero de poco valor, y cómo no eres merecedor de los favores de tan alta señora, pues

ella con su estremada fortaleza a cien batallas como esta hubiera dado fin, y tú no has podido dar cabo a una tan solamente, y más estando en su pressencia y de tan altos cavalleros!

Y con aquello que dezían el orgullo le creció en tal manera que comenzó a blandir el espada en la mano como si entonces comenzara [...] dándole los jueces la honra de la batalla [...] y esto hecho, los fuertes cavalleros de las F se quitaron los yelmos de las cabeças, pareciendo ser la hermosa y sin par en fortaleza, la princessa Pantasilea, y el fuerte e indomado príncipe don Silves de la Selva. (II, cap. lvi, ff. cxxvii'-cxxviii').

5. Pantasilea, una mujer de temple extraordinario

Metidas que fueron, como os habemos contado, en la cámara de la nao la fuerte y hermosa princessa Pantasilea y la infanta Fortuna, no tardó mucho que el emperador Agrián y su hermano Leopante entrasen dentro donde ellas estaban, que aun ellas no sabían quiénes ellos eran. [...]

-¡Ay, traidores!, -dezía la fuerte princessa Pantasilea-, y cómo con tal traición procurastes acabar lo que por vuestras bondades no érades merescedores, mas yo espero en Dios que todos moriréis a mis manos de muy cruel muerte, que si yo armas tuviese no os temería, pero creed que ya que la Fortuna tan favorable os fuese, yo sacrificaría la vida desde fermosa infanta con mis propias manos y después la mía, para limpieza de vuestras famas y honestidades. [...]

-Esperad, -dixo Leopante-, y veréis cuanto más os valiera hazerlo de grado lo que agora de fuerça haréis

Y con esto arremetió con ella, y Agrián con Fortuna [...], pero la fuerte y valerosa infanta no rehusó, antes se

abraçó tan fuertemente con él que sus fuerças no le valieron que no diesse con él en el suelo de la cámara armado como estava, y, asiéndole de un estoque que detrás traía le cortó en un punto la cabeça [...]; ella que en aviso estava, con el otro que en la mano tenía, reparó el golpe y asiéndole del braço, cerró tan presto con él, que tuvo lugar de otra vez herirla, y como tenía la cabeça desarmada, diole tal golpe, que toda se la hendió. [...] Luego fueron desarmados de sus armas y Pantasilea se vistió las de Leopante [...], salió de la cámara [...] y subiendo sobre la cubierta, al primer cavallero que falló, de un golpe le cortó la cabeça [...] y, metiéndose entre todos los otros hombres [...], no rehusó la batalla, mas con la mucha fortaleza que mandava en su poderoso braço, de solos tres golpes que dio, derrocó tres hombres muertos. (II, cap. lxi, ff. cxxxii'-cxxxiii').

6. Aventura de los Castillos

Y mirando por la tierra adentro vido que toda era muy deleitosa a maravilla, cubierta de hermosas flores, salvo que, en medio d'ella, que no muy grande era, como por compás, se hazían cinco castillos tan hermosos como adelante diremos: cuatro y en medio uno mayor y más eminente. De un castillo a otro, echadura de un arco, avía un pasadizo al castillo más principal, tan maravillosamente obrado que bien parecía ser fabricado por arte, porque según naturaleza no se podían sostener aquellos tan grandes subtiles y bien obrados arcos y, queriendo nuestro príncipe mover para allá, sobre la puerta que a la isla entraba, vido unas letras en una piedra blanca muy bien talladas que assí dezían:

Ninguno sea osado, puesto que en bondad de cavallería a todos los nacidos pase, las cuatro moradas

de las virtudes entrar, si en virtud de justicia, fortaleza, templança, con caridad a todos no pasare.

-No sé lo que ende avendrá, -dixo don Silves-, pero a mí me conviene ver el cabo de esta aventura, que no es posible, pues su principio tal fue, sino que el fin sea más alto.

Y diziendo esto, movió para uno de los castillos, el que primero delante de sí vido. [...] Hasta que se halló delante de las puertas de aquel castillo, que muy ricas a maravilla eran. Una de las puertas era toda colorada, esmaltada de rosicler; en esta puerta estava un braço con una espada señalado que amenazaba, con una letra que dezían: *Crueldad*. La otra puerta era de un muy fino verde, a maravilla esmaltado sobre oro, con un ramo de oliva señalado, con unas letras que assí dezían: *Misericordia*. Sobre las puertas estava de bulto hecha una dama muy fermosa, que viva parecía, en la una mano tenía una espada y en la otra mano un peso con unas letras en él que dezían: *Igualdad*. [...] Y llegándose a la puerta tocó con ella con el preciado pomo del espada y luego fueron abiertas de par en par, y el buen príncipe se halló en un portal muy bien obrado. Queriendo entrar dentro, delante de sí halló un muy grande y dessemejado animal, medio león de medio cuerpo arriba y medio tigre del medio abajo [...] porque el león es el más fiero animal de todo el mundo y el que más misericordia tiene; e por el contrario, el tigre [es] el más cruel del mundo. [...] Y como todas las cosas del mundo el halago las amanse, el Tigreleo se tornó tan manso como una oveja, y don Silves de la Selva tornó a tomar su escudo y sin detenerse se metió por la puerta que al patio del castillo salía dando gracias a Dios Nuestro Señor [...] Y entrando dentro, vídolo todo muy ricamente obrado de muy hermosas figuras. En medio d'él estava un trono

bien alto, al cual por muchas gradas subían; encima del trono estava una hermosa doncella, ni más ni menos que a la entrada de la puerta avía visto, ricamente adornada. A la redonda d'ella estavan muchas personas de rodillas que pedía misericordia. La doncella del trono tenía una corona y en ellas unas letras francesas que dezían: *Justicia*.

Muy espantado estuvo el príncipe don Silves de la Selva de ver cosa tan maravillosa y, mirando a la siniestra mano de la Justicia, vido que estava una sala muy temerosa cerrada con unas grandes y fuertes puertas de fuego cerradas, y a la diestra assí mismo otra, pero las puertas d'ella todas eran enramadas de muchas hojas de oro que naturales parecían. Encima de la ardiente sala avía unas letras que dezían: *Infierno y pena de crueles*. En la otra avía otras hermosas letras que assí dezían: *Gloria de justos*. Pero en aquel instante la ardiente sala se abrió de par en par y dentro d'ella vido don Silves un gran fuego, en medio del cual avía infinitos antiguos pasados que en sus justicias muy crueles avían sido, tal como aquel Nerón el cruel, Agamenón, el cruel Heliogábalo, el cruel Teseo que a su mismo hijo mató, y otros tantos que por prolijidad no cuento. [...] Con esto se volvió a la otra sala de la diestra mano de la justicia, y la de la crueldad se cerró en continente, y don Silves vido dentro de la Sala de la Misericordia, que llena de muchas y muy olorosas flores era, andar cantando con guirnalda en las cabeças todos cuantos en el mundo de justicia con piedad avían usado: aquel buen emperador Antonio [sic] Pío, Marco Aurelio, el bueno y justiciero Trajano, con otros muchos que la piedad en sus justicias continuamente usaron. [...] Y volviéndose de allí, se fue para el alto trono de la Justicia subiendo por las gradas arriba hasta donde la Justicia estava. Ella se levantó en pie y, quitándose la coro-

na la puso al buen príncipe don Silves de la Selva en la cabeza y, tomándolo por la mano, lo sentó en su rica silla, y luego ella desapareció, y de las salas, así de la crueldad como de la misericordia, salieron muy grandes compañías de gentes, todos los cuales traían sus nombres sobre las cabeças escritos, y así juntos hincaron los hinojos en tierra ante el príncipe don Silves de la Selva, y de entre ellos se levantaron dos, el uno de una banda y el otro de la otra, los cuales comenzaron a proponer ante el nuevo triunfador de la justicia, por muy vivas y sutiles razones, el uno defendiendo que la misericordiosa justicia no era verdadera justicia, el otro decía que si no era la justicia mezclada con misericordia, no gozaba de tal nombre, porque el uno decía que así como el fiel del peso a una ni a otra parte no se avía de acostar, así la justicia, ni de crueldad ni misericordia salvo igualmente avía de gozar, suplicándole que dicesse su determinación en aquel caso. Un rato estuvo don Silves de la Selva suspenso, al cabo del cual, con mucha gravedad de palabra, comenzó a dezir cómo todo extremo, en todas las cosas extremado, sea más de reprobado que de aprobado.

-Digo que doy por mi definitiva sentencia y declaro que la misericordiosa justicia es más justa que no la cruel, y esto mando que así se tenga.

No hubo acabado de dezir esto el príncipe don Silves de la Selva, cuando el trono y todo lo demás desapareció y él, con su espada en la mano, se halló en medio del patio del castillo. (II, cap. xxxiii, ff. xcvi-xcvi)

7. Continúa la Aventura de los Castillos

Ya salido el príncipe don Silves de la Selva del castillo de la Justicia

[...] se fue hacia el segundo castillo, [...] al cual llegado estuvo una gran pieza mirando su muy rica obra, porque las puertas eran de oro muy fino, todas esmaltadas de blanco. En la una d'ellas estava señalada una tajante hacha que un brazo con una mano tenía, y en la otra puerta una mano con un escudo que el golpe de la hacha quería recibir. Sobre lo alto de la puerta estava una hermosa doncella alta y resplandeciente, vestida de blanco con una corona sobre sus muy rubios y fermosos cabellos con una letra que así decía: *Temperancia*. La una mano tenía en la boca en señal de silencio; lo cual visto por el príncipe don Silves de la Selva, tocó luego a la puerta de la virtud *Temperancia* con el pomo de su preciada espada y la puerta fue abierta de par en par [...] y queriendo mover contra el patio del castillo, contra sí vido venir un muy fiero y desemejado animal de dos cabeças. La una traía sin lengua y la otra traía con una muy larga y muy harpada lengua. El animal era muy grande como un poderoso elefante del medio cuerpo abajo, y del medio arriba como sierpe de dos cabeças. [...] Tanto al fin duró el príncipe don Silves de la selva en sufrir la cruel boca de la intemperancia que el animal, él propio, con sus propias bocas se rasgó su mismo corazón y se mató, y don Silves quedó muy cansado de aquella pelea y, mirando el portal, vídolo todo muy bien obrado. Encima de la puerta avía unas letras que así dezían:

El más virtuoso cavallero, con sobra de esfuerzo, que [en] la segunda morada de las cuatro hermanas entrare, siendo con corona de temperancia coronado, el jardín aventuroso entrando, ballará el fin de su deseo.

Habiendo leído las letras, el príncipe don Silves de la Selva, sin más aguardar, se metió en el patio, en medio del cual

vido otro muy fermoso trono semejante al del primer castillo, muy adornado de muy riquísimos y preciados paños a maravilla. Encima del rico trono estava una apuesta y hermosa doncella, ricamente ataviada, como la que a la entrada de la puerta viera, con la una mano en su boca afirmada y en su cabeça una corona de mucha pedrería, adornada con unas letras en ella de las mismas piedras, que assí dezían: *Temperancia*. A cada lado del patio avía una sala, la de la mano izquierda tenía unas puertas de alambre con unas letras que assí dezían:

Esta es la morada de aquellos y aquellas que sin templança en sus vidas vivieron.

Y llegándose el príncipe don Silves a las puertas, vido dentro infinitos millares de gentes de muy diversas y extrañas maneras, todos los cuales tenían los pechos rompidos y en ellos se les parecían los corazones ardiendo en vivas llamas que con espesso humo salían. Assí mismo traían las lenguas fuera de sus bocas ardiendo en las mismas llamas, cada uno con el nombre en la cabeça, que eran todos aquellos que intemperados avían sido en sus vidas porque el lugar con que pecaron, esse pagaba: el corazón con que pensaron y la lengua con que obraron. Allí estava la reina Fedra [...] allí Filomena, [...], allí Helena [...]. Habiendo visto don Silves los que en la sala y pena de la intemperancia estavan, se volvió contra la otra sala que unas ricas puertas de oro y azul tenía. En ellas avía unas letras talladas que assí dezían:

Gloria de los que en temperancia sus vidas gastaron, con gloriosa fama de sus hechos. [...]

Luego fueron abiertas, dentro vido andar algunas gentes, assí hombres como mujeres, con tanta gloria que no os lo sabría hombre contar, y lo que más era

que, cada vez que hablaban, caían infinitas rosas por sus bocas. [...] Allí andaba el buen Marco Tulio, que con su lengua libró su patria de la servidumbre. [...] La mujer romana que la conspiración de Lucio Catilina descubrió. [...] Don Silves de la Selva [...], quitándose de allí, se fue para el gran trono subiendo por las gradas arriba hasta donde la hermosa doncella estava, la cual se levantó a él y, quitada su fermosa corona de la cabeça, la puso sobre la de don Silves de la Selva y luego desapareció, y el príncipe don Silves de la Selva se sentó en el asiento de la temperancia, y luego de las dos salas salieron todas aquellas gentes y hincando los hinojos ante él, de la manera que en el castillo de la Justicia, de cada parte salió un hombre anciano, y comenzaron a contender cuál era mejor, el hablar o callar. Pero como el silencio de su parte tanta justicia tuviese, el nuevo triunfador de virtud, los mandó callar y sentenció que la taciturnidad era verdadera virtud y, acabado de dezir todo esto, todo, salvo el castillo desapareció. [...]

Habiendo don Silves de la Selva [...] salido del castillo de la Temperancia, se fue contra la tercera morada [...] toda blanca como la nieve, de una broñida plata, las puertas eran de lo mismo sin otra pintura alguna en ellas, salvo que encima de las puertas, en un arco triunfal, estava una doncella toda vestida de blanco, la cual tenía en los braços dos niños que, con mucha piedad les daba sus fermosas y blancas tetas. Sobre la cabeça tenía un título que dezía: *La Piedad*. A sus pies tenía un letrero hermosamente tallado en una piedra, con unas letras que assí dezían:

Cuando el triunfador de las dos primeras virtudes, a la tercera piedad llegare, habiendo con fuerte ánimo las cosas dentro vencido, podrá el cuarto castillo de la cuarta y fuerte hermana pasar.

Habiendo leído aquellas letras don Silves de la Selva, luego tocó a las puertas [...] y él entró dentro. Pero delante de sí vido una muy fuerte leona que cuatro leoncillos, que en suelo como muertos estaban, con sus bramidos procuraba recordar; la cual, assí como a don Silves vido, se vino para él con tanta ferocidad y rabia cual jamás se vido en semejante animal. [...]

El príncipe don Silves se halló en un grande patio [...]. En medio del patio se hazía un teatro, al cual por unas gradas subían, en el cual que todo cubierto de ricos paños de oro era, estava una doncella, ni más ni menos que la que a la puerta avía visto, dando de mamar dos niños: En su cabeça, sobre sus hermosos cabellos, una muy rica corona de oro con unas letras que dezían: *Misericordia*. Y mirando, vido a la diestra mano de la doncella *Misericordia* dos salas muy grandes a maravilla [...], la una tenía unas puertas de color de muy fina sangre, y al parescer todas estavan sangrientas, las cuales, siendo tocadas por don Silves de la Selva, fueron abiertas. Habiendo leído unas letras que en las puertas estavan que assí dezían:

Esta es la peña de los que sin misericordia sus tristes vidas pasaron

Luego el buen príncipe don Silves de la Selva entró dentro viendo infinitas gentes con muchos y muy diversos números de crueldades, unos [*sic*] contra sí y otras contra sus mujeres y contra sus propios hijos, porque allí estava Medea [...], Pigmaleon [...], la reina Dido [...]. Gran pieza pasó don Silves de la Selva en verlo, vertiendo debajo de su yelmo infinitas lágrimas de gran compasión que de verlos tenía. Volviéndose contra la otra sala, vido todas las puertas de cristal muy transparente que parecía no poner obstáculo alguno a la vista; en

ellas avía talladas y esmaltadas unas letras que assí dezían:

Gloria de aquellos que en piedad sus vidas pasaron. [...]

Lo cual visto, el príncipe don Silves de la Selva se fue para el trono donde la doncella de la piedad estava. Y subiendo arriba, la doncella se levantó a él y, quitándose la corona, la puso sobre la cabeça del príncipe... y luego él se sentó en el asiento de la tercera virtud... Siendo sentado, de las dos salas comenzaron a salir infinitas gentes, los cuales, unos de una parte y otros de la otra, se pusieron proponiendo cada uno sus razones. Al cabo de las cuales, [...] don Silves de la Selva dio su sentencia diziendo que los que en sus hechos de crueldad usaron eran merecedores de aquella pena y muy mayor. Luego, todo desapareció y él se halló como antes estava [...]. (II, cap. xxxv, ff. xcix^v-c^o).

8. Aventura de los Castillos: el cuarto y último castillo

Yembraçando su escudo, fue para el cuarto castillo que de muy fino oro le parecía, obrado con las puertas del mismo metal, adornado de muy ricos follajes. En la una de las puertas avía unas letras que assí dezían: *Morada de la cuarta virtud Fortaleza*, y sobre ella, en un muy rico encaje estava una doncella muy más maravillosa que ninguna de las otras, toda armada de unas armas de color de cielo, sus hermosos cabellos por las espaldas tendidos, con soberana hermosura, una muy rica espada ceñida y un escudo al cuello, tanto que don Silves la sangre se le volvió, paresciéndole su señora Pantasilea, y con aquel pensamiento, dio del pie a las puertas que luego fueron abiertas, y él se halló en un

portal de buen tamaño ricamente obrado. En las cuatro esquinas estaban cuatro cavalleros de la fama, los más fuertes que en el mundo fueron: el primero era Héctor [...]; el segundo era el rey Artur [...]; el tercero era el [...] gigante Enceo [...]. A la cuarta esquina estava otro, no menos fuerte que hermoso cavallero, el cual era el fuerte Hércules [...] [*Don Silves combate con los cuatro*].

Y metiéndose por la puerta que al patio salía, vido otro tùmulo ni más ni menos que el que en los otros castillos avía visto, y sobre una muy rica silla sentada otra doncella muy hermosa como la de la

puerta, armada de ricas armas salvo del yelmo y una corona en su cabeça con letras de rubíes que dezían: *Fortaleza*. Alrededor de ella estaban infinitos hombres cuya fortaleza en el mundo avía sido memorada, assí de romanos y cartagineses, como de otras muchas naciones [...]; al cabo se metió [*don Silves*] por las gradas del tùmulo de la fortaleza y se levantó a él y tomándolo por la mano lo sentó en una muy rica silla en que ella estava y, quitando la corona de su cabeça, la puso en la del príncipe don Silves de la Selva. Pero apenas fue puesta, cuando todo desapareció. (II, cap. xxxvi, ff. c^v-cii^v).

12. ARDERIQUE

(1517)

por

Dorothy A. Carpenter

TESTIMONIO

[I] Valencia, Juan Viñao, 1517 (8 de mayo) [→]

TEXTOS

1. La batalla entre el rey Artús y Morderec en los llanos de Salbrí.

El noble rey Artús, señor de la Gran Bretaña, en tiempo de la mayor prosperidad y gloria de su imperio, fue llamado de la embidiosa fortuna, que jamás firme ni segura puede estar, para ser mayor señor y emperador de los romanos, el cual queriendo proseguir este común desseo, que a la fin no ovo efecto, partióse con gran triunfo para Roma y dexó su reino de la Gran Bretaña que

muy próspero, bien contento y regido tenía, encomendado a su sobrino Morderec, que algunos dezían era su hijo, que a la fin ni sobrino ni hijo, mas cruel y mortal enemigo se le mostró. Porque luego que vio qu'el buen rey, no pudiendo conseguir el fin de su jornada, tanto tardava, usó de aquellas artes y cautelas que los malos hombres por imperar y ser señores, en menosprecio de la honra de Dios y menoscabo de la suya, usar suelen. Y entre otros engaños que para aquello con su malvado y da-

EDICIÓN: Dorothy A. Carpenter (ed.), Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000.

GUÍA DE LECTURA: Carpenter (2000).